

EL DISCURSO DE LA HISPANOFOBIA: RACISMO Y XENOFOBIA EN EL NACIONALISMO CATALÁN

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

Revista *Historia, Antropología y Fuentes Orales*

fmhoyos@yahoo.es

RESUMEN: Según el tópico, el nacionalismo catalán se basa en la cultura, no en la raza. Sin embargo, entre finales del siglo XIX y principios del XX, destaca la presencia de una idea de superioridad racial. Los catalanes serían arios y europeos, los españoles semitas y africanos. Una lectura de autores como Valentí Almirall o Pompeu Gener apunta en esta dirección, lo mismo que la presencia en la prensa de la época de artículos de una profunda hispanofobia. A partir de la década de 1930, el racismo irá acompañado de xenofobia ante la llegada masiva de inmigrantes, percibidos como una amenaza a la identidad nacional.

PALABRAS CLAVE: Nacionalismo – racismo – xenofobia – España – Cataluña – inmigración

ABSTRACT: Depending on the topic, Catalan nationalism is based on culture, not race. However, between the late nineteenth and early twentieth century, we find the presence of a sense of racial superiority. The Catalans would Aryans and Europeans, Spanish and African Semites. A reading of authors like Valentí Almirall or Pompeu Gener points in this direction, as well as the presence in the press of the time of a deep hispanophobia articles. From the 1930s, we also detected a xenophobic current to the massive influx of immigrants, perceived as a threat to national identity.

KEYWORDS: Nationalism – racism – xenophobia – Spain – Catalonia – immigration

Francisco Martínez Hoyos (Barcelona, 1972). Como historiador se ha dedicado muchos años al estudio del cristianismo de izquierdas, pero en los últimos años se ha decantado hacia América Latina, con obras como *Francisco de Miranda, el eterno revolucionario* (Arpegio, 2012) y *Breve Historia de Hernán Cortés* (Nowtilus, 2014). Ha coordinado el volumen *Heroínas incómodas* (Rubeo, 2012), acerca de la participación de la mujer en las independencias hispanoamericanas. Colabora en revistas como *Historia y Vida* y *El Ciervo*.

Principios del siglo XX: un país en crisis tras la pérdida de Cuba. Fue entonces cuando el novelista Juan Valera dijo que entre las mil desdichas que afligían a “la madre España”, estaba el afán por remediarlas de muchas personas. No por la buena intención en sí, digna de aplauso, sino por el apasionamiento de los artífices de las supuestas panaceas, en medio de una coyuntura en la que se necesitaba sobre todo paz y tranquilidad para salir del agujero. En la actualidad, inmersos en otra época difícil, vemos como también se multiplican las recetas mágicas salvadoras. El proyecto para la secesión de Cataluña parece ser la más atrevida.

Es un tópico afirmar que el nacionalismo catalán, a diferencia del vasco, no se basa en la raza como fuente de identidad. Pero una cosa es que los historiadores actuales tiendan a minusvalorar este componente y otra que no se encontrará presente en los primeros teóricos, tal como denunció Francisco Caja en *La raza catalana*. Se trata de un estudio que levantó ampollas en los medios nacionalistas, que lo despacharon como un intento de criminalizar el catalanismo mientras silenciaba el carácter racista del nacionalismo español¹. Pobre crítica, en realidad, la que tiene que recurrir al manido argumento del “y tú más”.

No se trata de discutir ahora si, como afirma Caja, el componente racial constituye o no el “núcleo” doctrinal del catalanismo, lo que podría llevarnos a una discusión bizantina, sino de analizar la importancia de este factor en sus teóricos y su publicística, atestiguada con claridad por una considerable masa documental. Stephen Jacobson, por ejemplo, detecta tal ingrediente en la obra de autores como Pompeu Gener, Valentí Almirall o Prat de la Riba². Para este último, las razas era ingredientes muy importantes de las nacionalidades, en tanto que fruto del trabajo de muchos siglos. Pertenecer a una de estas categorías significaba poseer unos rasgos físicos, pero también contar con una inclinación hacia ciertas cualidades o ciertos vicios. Prat de la Riba, por ejemplo, no tenía ninguna tara semítica a decir de Eugeni D’Ors. Nos encontraríamos, en palabras de Gener, con una fisiología y una psicología común de la que sería imposible escapar. El determinismo de estos factores sería tan fuerte que, si un castellano intentara ser inglés, de nada le valdría su voluntad. No sería rubio ni flemático.

Este es un procedimiento típico del nacionalismo de la época, que tiende a racializar como elementos de diferenciación “la historia, las tradiciones culturales, la lengua, la religión y hasta las formas culinarias y de cortesía”³. El racis-

1 Francisco CAJA LÓPEZ, *La raza catalana: el núcleo doctrinal del catalanismo*, Madrid: Encuentro, 2011. La recesión airada de Francesc Bonastre en <http://in.directe.cat/republica-catalana/blog/11823/la-raca-catalana>.

2 Stephen JACOBSON, “Identidad nacional en España, el Imperio y Cataluña: una perspectiva comparativa”, dentro de Javier MORENO LUZÓN y Fernando del REY, *Pueblo y nación. Homenaje a Álvarez Junco*, Madrid: Taurus, p. 269.

3 José María PERCEVAL, *El racismo y la xenofobia*, Madrid: Cátedra, 2013, p. 193.

mo y la xenofobia, como veremos, contribuyen a configurar un discurso anti-español que llega a adquirir una formidable intensidad. Los conceptos de raza pueden variar según los autores, pero en todos los casos sirven para el mismo propósito: construir un enemigo imaginario y justificar la propia superioridad con razones supuestamente inapelables.

QUIJOTES CONTRA HOMBRES PRÁCTICOS

En *Lo catalanisme* (1886) Valentí Almirall se lamentaba de que Cataluña estuviera dominada por una raza inferior, el decadente pueblo castellano, al que sitúa en el peldaño más bajo de una escala de civilización encabezada por los anglosajones. Don Quijote sería la perfecta encarnación de los españoles: idealista, pero loco en definitiva. Su carácter se distinguiría por el afán de dominio, el gusto por las verdades absolutas... La nefasta influencia de estos rasgos, según Almirall, había provocado la degeneración del carácter catalán. Regenerarlo, en consecuencia, equivalía a prescindir de los elementos postizos.

Esta concepción racista iba a pasar al cuerpo doctrinal del catalanismo, señala Antonio R. Santamaría⁴. Así, Casas-Carbó, en sus *Estudis de filologia catalana* (1891), utilizó la disciplina que daba título al volumen para intentar demostrar el supuesto origen ario de la “raza catalana”. En la misma onda se encuentran autores como Domingo Martí i Julià, Bonaventura Riera, Joan Bardina o Domènec Martí i Julià. Este último predicaba la santa intransigencia, como si fuera carlista, contra la castellanización del pueblo catalán. Porque los catalanes, si perdían su idiosincrasia, su personalidad natural, se verían reducidos a la condición de “hombres inferiores”⁵.

De especial virulencia y radicalidad son los escritos de Pompeu Gener, quién dudaba que la mayoría de España fuera capaz de acceder a la modernidad. La razón de este atraso invencible había que buscarla, una vez más, en una cuestión genética. En el centro dominaba la sangre semítica y bereber, con todo lo que ello comportaba: morosidad, desprecio del tiempo, mala administración, caciquismo...

Tales diatribas se ubican dentro del peculiar estado de ánimo creado por la pérdida de los últimos territorios ultramarinos en 1898. La derrota humillante ante Estados Unidos llevó a muchos a cuestionarse el rebrote nacionalista que había auspiciado, pocos años antes, la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. En Cataluña, muchos se sintieron atados a un estado decadente del que había que desprenderse si se quería progresar. Espa-

⁴ Antonio R. SANTAMARÍA, *Los nacionalismos. De los orígenes a la globalización*, Barcelona: Bellaterra, 2001, p. 93.

⁵ Domènec MARTÍ I JULIÀ, *Per Catalunya*, Barcelona: Associació Catalanista de Gràcia, 1913.

ña, un país latino, estaba dentro de esas naciones moribundas de las que había hablado el marqués de Salisbury en un famoso discurso. Las naciones vivas, de acuerdo con el darwinismo social entonces en boga, tenían todo el derecho a imponerles su voluntad por medio de la fuerza.

Tras el desastre colonial, según Gener, a los españoles ya les iba bien continuar el estercolero. En cambio, los catalanes, al ser de sangre aria, no se limitaban a las buenas palabras: actuaban. Precisamente por ello no podían soportar la hegemonía de elementos racialmente inferiores. La patria, tal como él la entiende, no es otra cosa que “el sentido de raza y de cultura superior”⁶.

La raza sería un bien que debe protegerse. Para eso se necesita evitar la mezcla porque el mestizo, por definición, es un degenerado. Una raza híbrida, según Gener, significa una raza estéril. Eso explicaría la postración de un país como España, en el que una especie de selección natural a la inversa sólo ha dejado individuos fanatizados y serviles. El influjo del evolucionismo darwiniano es, por cierto, más que patente. Los catalanes, individualistas, enérgicos e inteligentes, representaban los elementos más aptos del ecosistema peninsular. Al ser los más capaces, han de ser ellos los que dirijan las reformas que enderecen España. Si los cambios fracasan, siempre les queda la opción de marcharse.

En el pensamiento de Gener se basa la presentación de la revista modernista *Juventut*, un manifiesto que propugna una Catalunya más liberal y avanzada desde la conciencia de la propia superioridad. “Creemos que nuestro pueblo es de una raza superior a la mayoría de las que forman España”, afirma la redacción. El deber de los buenos catalanistas estriba en devolver a la patria su pasado esplendor. Para ello, la expulsión de características ajenas, importadas por los semitas de más allá del Ebro, constituye una condición *sine qua non*⁷.

LOS ARGUMENTOS CIENTÍFICOS

Con mayor o menor intensidad, los ejemplos de pensamiento racista proliferaban en la Cataluña finisecular. El doctor Robert, alcalde de Barcelona, pronunció en 1899 una conferencia sobre la “raça catalana”, en la que distinguía entre los catalanes, dolicocefalos, y los mesocéfalos y braquicéfalos que habitaban más allá del Ebro. Su intervención provocó una áspera polémica, con críticas en la prensa de Madrid, que le reprochaban un planteamiento racista sin que sepamos con exactitud la justicia del reproche. Los medios nacionalistas, en cambio, salieron en defensa de Robert. Para Rovira i Virgili, éste no había dicho nada reprochable. Se había limitado a trazar una realidad científicamente comprobable: “si en el nordeste de la península predomina un

⁶ Pompeu GENER, *Cosas de España*, J. Llordachs, 1887, p. 21.

⁷ “Presentació”, *Juventut*, nº 1, 15 de febrero de 1900, p. 2.

tipo craneano diferenciado, los catalanes no vamos a deformarnos el cráneo en aras de la unidad española”. A su juicio, los españoles utilizaban una doble vara de medir. Ellos podían hablar de la “fiesta de la raza”, artificial a todas luces, pero no soportaban que otros se atrevieran a mencionar la raza catalana, esta sí de carácter natural⁸.

La cuestión, de candente actualidad, estaba en el aire. En pleno auge del catalanismo, se buscaba una justificación supuestamente científica con la que legitimar las demandas de autonomía política frente al centralismo. Es con este objetivo que algunos insisten en el carácter europeo de los catalanes frente a la africanidad de los españoles. La raza sería el fundamento de la cultura, de forma que habría que garantizar su pureza contra los peligros del mestizaje. En este sentido se pronunciará Rosell i Vilar en su obra *La raça*, en la que no tiene inconveniente en citar a un autor de extrema derecha como el francés Chaurles Maurras. Ser catalán no se reduciría al lugar de nacimiento, sino a hacer profesión de unos determinados rasgos. Los mestizos son peligrosos precisamente porque pueden inclinarse por su cincuenta por ciento foráneo, en detrimento de su catalanidad. Es por eso que un pintor como Fortuny no merece ser considerado una gloria nacional. ¿A quién se le ocurre dedicarse a pintar gitanos y moros en Marruecos y Granada, en lugar de tocar los temas de su tierra?⁹

No hablamos, obviamente, de ningún “hecho diferencial”. El racismo, apunta Marfany, impregna todos los nacionalismos de finales del XIX¹⁰. Se trata de buscar en el Otro a un chivo expiatorio con el que justificar las disfunciones de la propia comunidad, al tiempo que se obtiene un efecto de reafirmación gracias a un enemigo externo.

ASTÉRIX CONTRA LOS INVASORES

A partir de aquí, no es extraño encontrar una fuerte corriente xenófoba contra la emigración procedente del sur de la península, percibida como un peligro mortal contra el ser de Cataluña. Almirall, por ejemplo, se quejaba de que hasta las simples criadas se convertían en instrumentos de asimilación. Como desconocían el catalán, sus señores se veían obligados a hablarles en castellano.

Torras i Bagés es otro buen exponente del temor al contagio cultural. El obispo de Vic no aceptaba el mestizaje que conducía a la pérdida de identidad de un pueblo, hasta el extremo de fundirse con otros en un magma indiferenciado. Clamaba, por tanto, contra la tendencia a adoptar costumbres foráneas. Le parece ridículo que un catalán tenga un nombre castellano, o incluso inglés

⁸ Citado en Luis CALVO CALVO, *Historia de la Antropología en Cataluña*, Madrid: CSIC, 1997, p. 30, nota 77.

⁹ M. ROSELL I VILAR, *La raça*, Barcelona: Llibreria Catalonia, 1930, p. 187-196.

¹⁰ Joan-Lluís MARFANY, *La cultura del catalanisme*, Barcelona: Empúries, 1995, p. 196.

o francés, o que tararee melodías igualmente castellanas. El flamenco, a su juicio lo más opuesto al carácter catalán, le produce una especial indignación: “No puede encontrarse otra cosa más destructiva para la severidad y la firmeza de nuestra raza”¹¹.

En muchas ocasiones, este menosprecio por lo ajeno se manifiesta con un lenguaje agresivo. La prensa de la época proporciona numerosos testimonios, como cierto artículo que se titulaba “Moros, mal qu’elspesi” (moros, aunque les pese). Como los castellanos, por definición, eran gente inculta y bárbara, se dirigía contra ellos una fuerte corriente de odio. Algunas “perlas”, aparecidas en los periódicos, se comentan por si solas. Si alguien pretendía que nacer en tierras castellanas equivalía a ser tonto de solemnidad, otro equiparaba a los castellanos con los zulús y los antropófagos. El chauvinismo llegó a tal extremo que Enric Prat de la Riba reconocería sus excesos. En *La nacionalitat catalana* admitía que los catalanistas habían exagerado la apología de lo propio tanto como habían menospreciado lo español¹².

Los foráneos podían ser útiles para relanzar la economía, pero preocupaba que tuvieran más hijos que los catalanes de nacimiento. Si esta tendencia se mantenía, ¿no llegaría un momento en que la balanza demográfica se desequilibrara en su favor. Es por eso que se alzan llamamientos a solucionar el “problema de la natalidad”, con vistas a que se incremente el número de “catalanes de pura cepa”. El historiador Rovira i Virgili será uno de los que alerten contra esta supuesta amenaza descatalanizadora. A su juicio, se trata de alcanzar el objetivo contrario, la catalanización de la patria. Ello implicaba que el resto de españoles, en Cataluña, debían ser considerados extranjeros y por tanto no disfrutar de derechos nacionales¹³.

EL MURCIANISMO

A principios de 1933, el historiador Ferran Soldevila publica un artículo hiriente acerca de lo que él entiende como un problema, la inmigración de andaluces y murcianos. Hay que limitar su llegada porque no se adaptan a la realidad local tan bien como, por ejemplo, los aragoneses, más afines a la población catalana. Las personas procedentes del Sur, en cambio, se distinguen por un nivel social bajísimo. Son casi todos analfabetos. Muchos de ellos aparecen en Barcelona con precaria salud, acaparando prácticamente las plazas de los hospitales. Una enfermedad de la vista les distingue en particular: el tracoma. Murcia y Almería, pues, no aportaban individuos cualificados sino la parte “más tarada” de su población.

11 Josep TORRAS I BAGES, *La tradició catalana*, Barcelona: Edicions 62, 1981, p. 81.

12 Enric PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana*, Barcelona: Edicions 62, 1990, p. 43.

13 Mariona LLADONOSA LATORRE, *La construcció de la catalanitat*, Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida, 2013, p. 63-64.

Repatriar a los emigrantes parados, además de caro, se revelaba inútil. Volían a presentarse al poco tiempo en la capital catalana. Muchos de ellos, con un recorte de periódico en el bolsillo en el que figura un artículo de la Constitución republicana, el que garantizaba a cada ciudadano la libertad de residir en cualquier punto del Estado. Algo que a nuestro autor le parece un abuso inconcebible¹⁴, porque los otros, famélicos y extraños, no forman parte de su “nosotros”.

Soldevila distaba de ser una voz aislada. El periodista Carles Sentís, en una serie de artículos en *Mirador*, trazó una imagen de los murcianos como seres primitivos que invadían Cataluña. No pagan los alquileres, no respetaban los contratos, exhibían modales rudos y practicaban el amor libre, con lo que favorecerían un incremento demográfico descontrolado y, por tanto, el aumento de la delincuencia juvenil y de una enfermedad contagiosa, el tracoma¹⁵. Sus reportajes tuvieron un considerable impacto, reflejado en su eco en otros medios de comunicación. Un periódico catalanista, *El Be negre*, insistió en la idea de una amenaza foránea con este comentario sarcástico: “España para los españoles. Cataluña para los murcianos”¹⁶.

En aquellos momentos, el murcianismo, término acuñado por la preponderancia de recién llegados de esa procedencia, constituía un motivo de preocupación extendida. Un sacerdote, Carles Cardó, constató que muchos catalanes deploraban tal situación. Les hubiera gustado cerrar Cataluña a aquellas gentes que venían huyendo de la miseria. Cardó no compartía este deseo, convencido de que la inmigración, si se practicaba una política de asimilación adecuada, podía ser un bien. Los murcianos serían pobres e ignorantes, más aficionados que los autóctonos a cualquier forma de subversión, pero, si se hacían bien las cosas, pondrían las bases de un mestizaje que enriquecería la potencia física y cultural catalana. Siempre que se llevara a cabo “una fuerte educación moral y nacional”¹⁷.

Cardó podía ser condescendiente, pero mucho más comprensivo que el nacionalismo radical. Por las mismas fechas, *l'Esquella de la Torratxa*, la conocida revista humorística, comentaba una visita a Barcelona del alcalde de Murcia y del presidente de la diputación de la provincia, como huéspedes de honor del Ayuntamiento. La noticia les provoca una indignación incontenible: “¿Más murcianos todavía?” Con el estilo sarcástico que la caracterizaba, la publicación

14 Ferran SOLDEVILA, *Entre la dictadura i la revolució*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2009, p. 220-222.

15 Carles SENTÍS, “La vida en un nucli tocant a Barcelona”, *Mirador*, nº 201, 8 de diciembre de 1932.

16 Jesús LAÍN, *España contra Cataluña. Historia de un fraude*, Madrid: Encuentro, 2014, p. 180-181.

17 Carles CARDÓ, “El murcianisme”, *La Veu de Catalunya*, 4 de mayo de 1934, tomado de Jordi GIRÓ I PARÍS, *El pensament polític de Carles Cardó i de Jacques Maritain*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1995, p. 467.

supone que la delegación viene para ver si en “nuestros” hospitales quedan más plazas para enviar a gente de “su” tierra. Un refrán castellano les pone en bandeja la conclusión: “¿No quieres caldo? Tres tazas”¹⁸.

Un año después de que apareciera esta sátira, varios prohombres del catalanismo, algunos tan distinguidos como el lingüista Pompeu Fabra, firmaron un manifiesto de título elocuente: “Para la preservación de la raza catalana”. Con vistas a alcanzar este objetivo se proponía la creación de una Sociedad Eugenésica, destinada a valorar las ventajas y los inconvenientes de la mezcla entre catalanes y españoles. Mientras tanto, en los círculos bienpensantes se insiste en que los trabajadores inmigrantes acostumbra a ser peligrosos radicales, dados a protagonizar huelgas, todo lo contrario que los sensatos obreros catalanes. La propaganda burguesa presenta entonces el anarquismo como un maléfico invento traído a Cataluña por los murcianos. Se explica así porque se reclamaba, en medios empresariales, el traspaso de las competencias de orden público a la *Generalitat*. ¡Hacía falta un instrumento con el que meter en cintura a las clases peligrosas!

La falta de atribuciones también constituía un *handicap* en otro sentido, al impedir que el gobierno autonómico seleccionara a los emigrantes. El demógrafo Josep Antoni Vandellòs planteaba esta queja en su libro *Cataluña, poble decadent* (1935), en el que alerta sobre la llegada de población no asimilable.

LOS INMIGRANTES Y JORDI PUJOL

Tras la segunda guerra mundial y la derrota nazi, las ideologías basadas en la raza quedaron desacreditadas. A mediados de los cincuenta, Vicens Vives criticaba a los que todo lo medían en función de trasnochadas concepciones biológicas, las mismas que habían producido tan graves desastres. El gran historiador no aceptaba los prejuicios de origen germánico que planteaban el mundo en términos de lucha entre fuertes y débiles¹⁹. El racismo y la xenofobia, por desgracia, se resistieron a desaparecer, e incluso se camuflaron bajo términos más políticamente correctos como el de etnia.

A partir de los años cincuenta, la inmigración masiva planteó un reto al nacionalismo catalán, convirtiéndose en la primera preocupación de Jordi Pujol. El que fuera presidente de la *Generalitat* siempre se ha vanagloriado por impulsar una política de integración, con la que fue posible evitar la división de un país en dos comunidades yuxtapuestas. Pero esta imagen “progresista” requiere algunas matizaciones. Para empezar, Pujol parte de la convicción de que los recién llegados constituyen un peligró. En una situación en la que Cataluña

¹⁸ “No ens faltava res més que això”, *L'Esquella de la Torratxa*, 5 de mayo de 1933.

¹⁹ Jaume VICENS VIVES, *Notícia de Catalunya*, Barcelona: Àncora, 1960 (2ª edición), p. 29.

carece de instituciones propias, el aluvión humano reviste un “carácter muy amenazador” para la identidad autóctona. El hombre andaluz, según afirmó en un texto controvertido, no es un hecho coherente sino una realidad anárquica y desarraigada. Los inmigrantes, incapaces de un sentido amplio de comunidad, constituían “la muestra de menos valor social y espiritual de España”. En previsión de posibles críticas, el futuro presidente intentó argumentar que no despreciaba a los andaluces, murcianos o extremeños. Se merecían, por el contrario todo su respeto. Sin duda llegarían a prosperar en un ambiente más favorable que en sus lugares de origen, pero, en esos momentos, nadie podía considerarlos un modelo de dinamismo, empuje y capacidad de integración. Por eso mismo, había que evitar que se impusieran por la fuerza de su número. Para ello, propone definir como catalán al que vive y trabaja en Cataluña, pero también algo que con frecuencia se olvida: catalán es el que se reconoce como tal y hace suya la cultura de la comunidad receptora, el que utiliza la lengua catalana, la que confiere al país su personalidad específica²⁰. Nacionalizarse como catalán implica, pues, desnacionalizarse como español. A partir estos presupuestos es fácil entender las críticas que Marta Ferrusola, la esposa de Pujol, dirigiría al presidente Montilla por no haber catalanizado su nombre y su poca corrección lingüística. Por no ser, en suma, lo bastante catalán.

Pero la xenofobia no es patrimonio del catalanismo conservador. Son conocidas las declaraciones de Heribert Barrera, de Esquerra Republicana, acerca de que Cataluña nada debe a los inmigrantes, al tiempo que justificaba la política contra los extranjeros del ultraderechista austríaco Haider. “Los otros catalanes”, por utilizar la memorable expresión de Candel, no son, a ojos de los extremistas, conciudadanos, sino colonos enviados por Franco, instrumentos de su política desnacionalizadora.

CONCLUSIONES

A la luz de la documentación examinada, puede descartarse que el nacionalismo catalán carezca de un componente étnico. A finales del siglo XIX y principios del XX, en medio del auge del movimiento catalanista, el racialismo permitió sustentar la propia comunidad imaginada mientras se construía, y se demonizaba, un enemigo que encarnaba, en tanto que español, casi todos los vicios. España, de hecho, vendría a ser una imagen en negativo de Cataluña. Mientras que ésta es moderna, industriosa y mira al futuro, la otra es antigua, atrasada y sólo tiene ojos para glorias pretéritas y caducas. Permanecer junto a este peso muerto implica serios peligros, sobre todo el de la pérdida de identidad. Así, según el abogado y político Narcís Verdager, la raza catalana no sería de origen

20 Jordi PUJOL, *Catalunya-Espanya*, Madrid: Espasa, 1996, p. 205-214.

africano, como la castellana. La legislación, por tanto, ha de reconocer esta realidad diferenciada porque, de lo contrario, los catalanes acabarán volviéndose pobres, perezosos y fanfarrones como sus vecinos de más allá del Ebro²¹.

La idea de Cataluña como tierra de acogida, tan cara al nacionalismo, queda así seriamente matizada. En el último siglo, como en otros lugares de fuerte inmigración, no han faltado las actitudes xenófobas. El recién llegado, como suele suceder en estos casos, se convierte en el chivo expiatorio de los males de la comunidad. En los años treinta, si había en el Principado subversión anarquista ¿era por culpa de los murcianos! Para los fanáticos de la identidad, el que es diferente acaba siendo un peligro. Es el mismo ser de la nación el que sucumbirá ante la llegada de los bárbaros de no implementarse una política salvadora. En este caso, los inmigrantes no son vistos como compatriotas sino como radicalmente otros, gentes de ascendencia semítica que nada tienen que ver con los autóctonos, cultos y europeos por definición. Este populismo nos recordaría movimientos reaccionarios como el del francés Jean-Marie Le Pen si sus protagonistas no acostumbraran a ser gentes que se autoconsideran de izquierdas, adalides del progreso y defensores de la patria oprimida frente a la tiranía de un gobierno extranjero.

²¹ Stephen JACOBSON, *Catalonia's advocates. Lawyers, Society, and Politics in Barcelona, 1759-1900*. North Carolina: The University of North Carolina Press, 2009, p. 234.